

Raúl Campoy Guillén

Los dientes del reloj

Letras Cascabeleras – Poesía

Especial reedición, mayo 2014
Edita: Asociación Cultural Letras Cascabeleras
www.letrascascabeleras.es
Colección Liquen nº. 2
Autor: Raúl Campoy Guillén.
Foto de cubierta: Anka Moldovan (“Noche de estreno”)
Impresión: Estugraf.
Depósito Legal: CC-000127-2014
I.S.B.N. : 978-84-941747-4-2

La obra se encuentra protegida por la Ley española de propiedad intelectual y/o cualesquiera otras normas que resulten de aplicación. Queda prohibido cualquier uso de la obra diferente a lo autorizado en las Leyes de propiedad intelectual.

Los dientes del reloj

UNAS PALABRAS PARA RAÚL CAMPOY... Y SUS DIENTES DEL RELOJ.

*“Estoy hablando con mis pasos, bajando hasta Cibeles,
sintiendo como se enferma la luna”* (Raúl Campoy)

El mundo no es un lugar, es un delirio. Un delirio de espacio y tiempos inventados, pero reales —así lo constatamos con la muerte, tras un paso por la vida, siempre efímero para el que se le acaba— por la que caminamos intentando permanecer y dejar huella en el a veces difícil proceso de conformar nuestra identidad.

Pero el mundo, además, está en la mirada. Es ella la que crea nuestras referencias y la que nos permite ser únicos, pues la unicidad se encuentra en el modo en que nos acercamos al paisaje exterior del que, al menos por una temporada, formamos parte.

Hay individuos que tienen una extraña fortuna: la de ver, no con los ojos, sino con el pensamiento. Que consiguen que la mirada —que parece que se dirige a lo exterior— esté enlazada y arraigada con el “adentro” y se convierta en un anclaje con la totalidad. Es entonces cuando mirar se vierte a los archivos que dibujan nuestra personalidad y se transforma en un alegato, un distintivo personal. Ese alegato nacido del choque entre lo que somos y lo que está a nuestro alrededor se expresa y se muestra por medio de un instrumento que surgió hace millones de años y que es el que crea —lentamente al principio, con rapidez después— al ser humano. Ese instrumento es el lenguaje. El elemento que nos permite trascender, ir más allá de lo inmediato, crear la cultura, las culturas, las señas de identidad de nuestra especie.

Sin lenguaje nada existiría. Ni habría existido Homero, ni Balzac, ni Pessoa... ni Raúl Campoy. Sin lenguaje no existiría este prólogo, esta introducción, ni este libro que ahora tenemos en las manos. Por eso

quiero partir de lo primero a examinar cuando nos encontramos con esta pequeña gran obra, “Los dientes del reloj”: espacio, tiempo... y lenguaje. Los tres elementos que delimitan y empujan la obra de un autor.

El espacio de Raúl Campoy es el universo de todos... pero no lo es. Porque el universo de un escritor es lo que ve y donde vive. ¿Qué ve Raúl Campoy? ¿Dónde vive? Vive en un lugar –así inicia el poemario– donde “las ramas dialogan con el viento”. No donde los objetos y los seres vivos se dejan mecer o dirigir por el destino, sino donde lo confrontan.

Confrontar el destino... qué bello reto para un poeta. Enfrentarse a él con valor y sabiduría, con esperanza y conocimiento. Y hacerlo de modo valiente y personal, intentando no ir por donde ya han ido otros, ya que, como decía Graham Bell, “ir por el camino de los otros solo nos llevará al lugar donde ya estuvieron ellos”.

Desde el título, este libro confronta lo ineludible. Y lo hace con fiereza. Los dientes, el reloj, son el enemigo. Ellos representan al tiempo, que siempre terminará venciendo.

Y, si es así, ¿cuál puede ser entonces nuestro triunfo? No es la victoria, sino la lucha, el viaje contra las mareas y en avance, como Kavafis nos señaló en su poema Itaca. Es el desafío, como dirá Campoy en las páginas de este espléndido libro, mensaje de navegación, mapa primero y rebelde del deseo, y ya, cuando escribo estas líneas, todo un cuaderno de bitácora de un marino joven pero avezado en el arte de surcar el mar de la Poesía. A veces ocurre que el primer viaje –en este caso, el primer libro, ahora reeditado– sigue siendo una aventura de promisión, un amanecer firme cuya luz permanece más allá del cotidiano ocaso.

“Dios, ¿qué podemos hacer?” se pregunta el autor en uno de sus versos. Y continúa: “Llevamos siglos de precipicio...” Él mismo,

como Machado, se contesta: Caminar. Caminar hacia lo invisible e imposible. Levantar muros de resistencia con la palabra escrita, seguir manteniendo el fuego sagrado, no de los dioses, sino del Hombre, el fuego que robó Prometeo.

“No hay luz en el olvido. La Historia no se alimenta del olvido” nos dirá Raúl Campoy en otros impresionantes versos. Él lo sabe. Y nos lo comunica. Por si ello nos ayuda a crear lo único que, finalmente, nos mantiene vivos: la memoria. Como decía García Márquez, somos lo que recordamos no lo que vivimos. Ese conjunto de fotos que guardamos y que son señal de la existencia. Fotos que también pueden ser páginas de libros. Libros como “Los dientes del reloj” que van más allá del orden acostumbrado, más allá de lo correcto y conocido.

Las buenas obras siempre van más lejos de las propias intenciones del autor. Y yo diría que, para el buen lector, esto ocurre en este poemario. ¿Más allá de sus intenciones? Puede. Pero no de sus sueños. Campoy sueña la vida al escribir. Y al hacerlo, la recrea y la afirma. Rompiéndola a veces: “Seamos, por fin, sin imagen ni semejanza” grita. Creemos la libertad de ser nosotros. Sí, este libro es un canto a la libertad creadora. Y una promesa cumplida de afirmación de la ficción como la mejor valedora de la divinidad del ser humano, la única divinidad posible. La otra, el mismo autor nos lo revela, es una entelequia inaccesible y ciega.

“Ahora soy más real” –cito– y verdaderamente el autor lo es con sus poemas “ex novo” que, sin embargo, recogen el barro ancestral que hemos ido acumulando en el arte y la palabra (“nace la fantasía” “la nota estalla”...) Sí, es un torrente aparentemente incontrolado, aunque siempre tiene el poeta el cauce en su mano –no es escritura automática, sino inspirada, pensada– y, como él mismo me dijo en una conversación personal: “...es un libro amazónico, de excesos, cadencioso y rítmico; donde las imágenes se percuten unas a otras cada vez más hasta exponenciarse unas con otras; donde aposté por

la autenticidad por encima de la jardinería, la autenticidad por encima de la perfección... Es libre y nunca fui su dueño” Y continuando con sus propias palabras: “Digamos que se escribió como ese río que baja y va creando su trazado esquivando las piedras con las que se encuentra. Nada es forzado, todo es fluido...y, aunque alguno crea ver una tendencia surrealista, no es como yo lo veo”.

Sigamos. “El último esbozo del mar infinito de la vida” solo podremos salvarlo con la rebeldía de las palabras y la energía del corazón y la mente. Algo que, con gran originalidad de estructura y desarrollo en la composición poética, hace Raúl Campoy, desde la primera a la última línea de este libro que es, para mí, uno de los hitos de la poesía española actual. No pasa el tiempo y pasa permanentemente por las páginas de “Los dientes del reloj”. Un libro para leer, pensar y guardar como una señal de que la buena Poesía no nos puede hacer comprender el sentido de la existencia, pero sí acompañarnos en su búsqueda. Y termino con unos versos del poeta: “Vivimos de pasiones y nos alimentamos de verdades pasajeras. Es lo que somos. Es lo que hay. Todos en batallas de todos. Todos en batallas de nadie”. Me gusta que la Literatura nos haga sentir. Pero, sobre todo, me parece importante que nos haga pensar.

**Emilio Porta, escritor y Vicesecretario de la
Asociación de Escritores y Artistas Españoles.**

*Este libro se finalizó al comienzo de una ruptura entre mi mano y la de ella.
A ella, inacabada durante nueve años, y a ella, la de ahora:
a Irene Sanz García todas mis páginas.*

VISIONES

I

Una caja;
y en el centro, un ojo.
Desde el ojo,
las ramas dialogan con el viento;
los pájaros florecen en sus nidos;
y la fuente ríe perlas.

Tras el suero seco,
fragancia,
que acaricia la mano
que llora al cielo,
se desprende la lágrima
de fuego
y pestañea el canto.

Se tiñe el suero.

La fuente ríe fosas.
El fuego húmedo,
los huesos fríos,
las ramas sombras;
los ojos callan
y el alma llora.

II

Una caja;
y en el centro, un ojo.
Desde el ojo,
un cielo plaquetario
con una herida blanca
que separa las alas
de un cuervo
y espejea en las mejillas
de un arce.

El pájaro tiritita la pluma,
la hojarasca suda,
la boca se abre;
como un abrigo
que se teje y no cesa,
como una luciérnaga muerta
se transforma se produce,
la media tierra es tuerta,
y se borran los colores
de las hojas
de la hierba
de mi parque.

Y entonces me hago blanco;
desafío nuevas formas,
el parque se deforma
y crío en mis versos
nuevas almas
nuevos trances.